

EDITORIAL. REVISTA BOLETÍN REDIFE: 9 (6) JUNIO 2020 ISSN 2256-1536

RECIBIDO EL 17 DE OCTUBRE DE 2019 - ACEPTADO EL 20 DE ENERO DE 2020

EDUCAR DESPUÉS DE COVID-19. UNA MIRADA DESDE LA PEDAGOGÍA DE LA ALTERIDAD

EDUCATE AFTER COVID-19. A LOOK FROM THE PEDAGOGY OF OTHERNESS

Pedro Ortega Ruiz¹

Director Ripal, Colectivo Iberoamericano de
Pedagogía de la alteridad

España

portega@um.es

RESUMEN:

El autor reflexiona sobre las consecuencias que ha originado el covid-19 para la educación. Las resume en una educación en la responsabilidad para con los otros y con el medio ambiente. Sin los lazos de responsabilidad que nos unen al otro, no existe el ser humano; tampoco la sociedad. El otro forma parte de mí como pregunta y

como respuesta. Pero la responsabilidad no acaba en el otro, también el medio ambiente, la casa común, reclama unos derechos, un reconocimiento como un bien valioso en sí mismo. Se hace necesaria una ética universal que abarque todas las formas de vida en que la vida humana se integre en plena armonía con las otras formas de vida. Construir una nueva sociedad es tarea de toda la tribu, no solo del sistema educativo.

¹ *Filósofo, Doctor en Educación. Director Ripal, Colectivo Iberoamericano de Pedagogía de la alteridad España portega@um.es <https://orcid.org/0000-0002-3882-0544>*

PALABRAS CLAVE: educación, responsabilidad, medio ambiente

SUMMARY

The author reflects on the consequences of covid-19 for education. He summarizes them in an education in responsibility for others and for the environment. Without the bonds of responsibility that unite us to the other, there is no human being; neither is there a society. The other is part of me as a question and as an answer. But responsibility does not end with the other; the environment, the common home, also demands rights, recognition as a valuable asset in itself. We need a universal ethic that encompasses all forms of life in which human life is integrated in full harmony with other forms of life. Building a new society is the task of the whole tribe, not just the educational system.

KEYWORDS: education, responsibility, environment

Cualquier propuesta educativa está condicionada por las “circunstancias” imperantes en la sociedad. La educación nunca sucede en el vacío. Se debe a un tiempo y a un espacio, a las condiciones de vida que envuelven a cada educando. En las circunstancias actuales, azotados por la pandemia que representa el covid-19, la educación no puede pasar por alto esta dura circunstancia. Sería tanto como ignorar su propia naturaleza: responder a la situación histórica, aquí y ahora, en la que se encuentra cada educando.

Para Lipovetsky (2000, 42), una de las características más acentuadas de la sociedad occidental desarrollada es la atomización de los individuos y su huida o desvinculación de las instituciones. “El proceso de deserción no es en modo alguno el resultado de un déficit cualquiera o de una carencia de sentido... el deambular apático debe achacarse a la atomización programada que rige el funcionamiento de

nuestras sociedades”. Se han debilitado hasta el extremo los lazos de afecto y proximidad, de fraternidad y solidaridad. La frialdad que caracteriza a esta sociedad se ha convertido casi en un “universal antropológico”, en un elemento constitutivo de la vida social. Las relaciones sociales han pasado a convertirse en relaciones meramente pragmáticas, utilitaristas. El resultado es un conglomerado de individuos aislados, inmersos en un mundo de frialdad, incapaces de revertir esta situación. Es una sociedad que ha hecho del miedo y la impotencia armas “legítimas” para su propia supervivencia.

La transformación de este modelo de sociedad precisa de hombres y mujeres “vivos” que no se resignen a las relaciones sociales que oprimen y marginan; relaciones que producen hombres y mujeres “sobrantes” del sistema. Es cierto que junto a estas muestras de “frialdad” en las relaciones sociales, se dan también otras que manifiestan el lado más humano y solidario del ser humano. La pandemia que padecemos ha sacado a la luz lo mejor de la conducta humana: la solidaridad de nuestros profesionales sanitarios, arriesgando su vida por salvar la de otros; la colaboración ciudadana aportando respuestas improvisadas para remediar la escasez de recursos sanitarios; la ayuda en alimentos a la población más necesitada. Son el rostro solidario de esta sociedad. Pero estos lazos de afecto y solidaridad conviven de forma paralela a aquellas otras relaciones que oprimen y marginan. Forman dos mundos separados que mutuamente se ignoran. En la sociedad de individuos atomizados existe el afecto y el amor, incluso la compasión solidaria, pero desligadas de las relaciones que rigen el orden socio-económico que permanece fiel a sus propias reglas. Se trata de dos esferas que coexisten en una contradicción no resuelta; su escisión atraviesa toda la vida personal de cada individuo y trasciende a las organizaciones sociales.

Adorno (1998), en su artículo “La educación, después de Auschwitz”, sostiene que la educación carecería absolutamente de sentido si no fuese educación para la autorreflexión crítica. Sin establecer ningún parangón con la monstruosidad del Holocausto, la situación dramática, en todos los órdenes, que nos depara el covid-19, hace que debamos pensar la educación como herramienta crítica y propositiva que ayude a construir una sociedad inclusiva, más *humana*. El tsunami producido por el covid-19 es de tal magnitud que ha sacudido los cimientos de nuestra sociedad del bienestar. Ha trastocado nuestras prioridades, relativizando todo aquello que hasta ahora constituía un valor seguro. Nos obliga a repensar nuestro estilo de vida, nuestras relaciones con los demás y con la naturaleza. Nos obliga a pensar y hacer una educación para afrontar los problemas de los hombres y mujeres de hoy, no tanto los de las generaciones futuras. Nos obliga a reinventar formas nuevas de convivencia que hagan posible una sociedad más solidaria y fraterna.

Se hace necesaria “otra educación” que responda a las necesidades del momento presente, y se traduzca, necesariamente, en educar en la responsabilidad, es decir, hacer de la ética el eje vertebrador de toda la acción educativa. Y en primer lugar, en la responsabilidad para con nuestros conciudadanos. “No empezamos con las manos vacías. Venimos al mundo pero no estamos solos. Nadie nace solo, nadie puede sobrevivir solo. El universo humano es un universo compartido. Otros están ahí, otros estuvieron ahí” (Mélich, 2010, 13). La ligazón que nos une a los demás forma parte de nuestra condición humana. Nadie es un verso suelto en la infinita cadena humana. Todos tenemos una historia y una tribu o comunidad a la que estamos vinculados. Y esos lazos no son solo biológicos y culturales, sino también éticos, comportan una responsabilidad. Los vínculos con los otros nos hacen corresponsables de la tarea común de construir una sociedad *humanizada* que haga

posible participar, en plano de igualdad, de los bienes que son comunes. La existencia como ser humano no se resuelve solo con el esfuerzo individual, sino, también, con la aportación del resto de la comunidad. No es posible pensar en una vida, a la medida del ser humano, que tenga como horizonte único la satisfacción de las necesidades individuales. Privar al hombre de su dimensión social es desnaturalizarlo. La ética, es decir, la responsabilidad es la característica que nos define como *humanos*. El ser humano es un ser de respuestas, y ha de responder del otro.

Con frecuencia, la educación se ha identificado con la transmisión de saberes y competencias para el ejercicio de una profesión. Y educar implica, ante todo, formar ciudadanos libres y responsables. Educar en la responsabilidad significa entender que el *otro* no me es ajeno, sino que forma parte de mí como pregunta y como respuesta. La pregunta: *¿dónde estás tu, hermano?* no nos la podemos quitar de encima, nos acompaña desde los albores de la humanidad. El otro es el espejo en el que veo mi propio rostro. Ser responsable de los demás es nuestra “servidumbre” y también nuestra grandeza. La educación aparece siempre envuelta en la responsabilidad indeclinable hacia el otro.

La sociedad moderna es una sociedad atenazada por el ruido y la prisa, sometida al riesgo, al miedo y a la improvisación. “Contra las amenazas de la naturaleza exterior hemos aprendido a construir cabañas y a acumular conocimientos. Por el contrario, estamos entregados casi sin protección a las amenazas industriales de la segunda naturaleza incluida en el sistema industrial. Los peligros se convierten en polizones del consumo normal” (Beck, 1998, 13). Formar ciudadanos capaces de tomar decisiones responsables se convierte en una tarea inaplazable, si se pretende educar y no “hacer otra cosa”. La educación está

condicionada por la “circunstancia”. Y si en algún momento la “circunstancia” nos obliga a ser responsables, el momento presente es, sin duda, una obligación inexcusable. La parábola del samaritano del evangelio de Lucas (cap.10. 30-38) es quizás la mejor lección que nos ha dado, hasta ahora, la *ética*. No se puede pasar de largo frente al sufrimiento del hombre herido, como hizo el sacerdote y el levita del pasaje evangélico. Frente al dolor, la marginación y el abandono de seres humanos la indiferencia no nos es permitida, negaríamos nuestra propia carne. Ver con otros ojos, oír la voz del otro se convierten hoy en una necesidad imperiosa que rompa el muro de frialdad que se hace presente en nuestra sociedad. “Nadie se salva solo. Nos salvamos en comunión”, es la exigencia de una sociedad golpeada por el dolor y la angustia.

El momento presente nos obliga a ampliar el ámbito de nuestra responsabilidad hacia el medio ambiente, nuestra casa común. No podemos, ni debemos separar al ser humano de la casa en la que habita, de su responsabilidad hacia ella. Su degradación está íntimamente vinculada a la degradación humana y social. “El ambiente humano y el ambiente natural se degradan juntos, y no es posible afrontar adecuadamente la degradación ambiental si no prestamos atención a las causas que tienen que ver con la degradación humana y social” (Papa Francisco, 2015). El ambiente humano y el ambiente natural son realidades interdependientes. Actuar sobre uno repercute necesariamente sobre el otro. Cada vez que cuidamos de nuestro medio, lo protegemos, estamos cuidando y protegiendo también al ser humano que habita en él. Es indispensable descubrir el significado *humano* del medio ambiente, y considerarlo como sujeto de derechos que se deben respetar como condición indispensable para una vida “pacífica” en nuestro planeta. Nuestra existencia como humanos está vinculada a que los demás seres no humanos puedan ver reconocidos sus derechos a vivir en condiciones dignas de un ser

vivo, que, como tal, es un ser *valioso*. La escala en la dignidad responde a unos valores que los humanos nos hemos atribuido, excluyendo a las demás especies del ámbito de lo valioso. “¿Es la Tierra un fuente de recursos para la supervivencia de los seres vivos, o es algo que vale en sí mismo, independientemente de que nos sea imprescindible para la vida? ¿Es la Tierra la “casa” (oikos) que a todos los seres vivos nos cobija, o solo los humanos tenemos legitimidad para decidir quiénes debemos vivir en ella? (Ortega y Romero, 2009, 175).

Es necesario construir una sociedad en la que todos los humanos asuman una *nueva ética* en la que primen la solidaridad, la responsabilidad y la justicia. Pero debe ser *una misma ética* la que defienda la vida para el conjunto de todas las especies. Todos formamos parte del paisaje asombroso de las incontables formas de vida. A los humanos atañe la responsabilidad irrenunciable de cuidarlas, protegerlas y conservarlas. “El rostro necesitado del otro, “del huérfano y de la viuda”, es también el rostro de una naturaleza herida, maltratada que “pregunta por lo suyo”. Situar a la naturaleza como la otra parte que nos exige una respuesta ética es llevar el discurso y la praxis medioambiental al ámbito de una respuesta *global*, no solo técnica o científica. El problema ambiental es ante todo una cuestión ética” (Ortega y Romero, 2019, 116).

La pandemia del covid-19 que estamos padeciendo nos enseña hasta qué punto el ser humano es frágil, vulnerable. Los soportes sobre los que habíamos construido nuestra sociedad del bienestar se han mostrado demasiado frágiles para resistir el envite de este virus letal. Habíamos sobrevalorado nuestra fortaleza, y de repente todo es puesto en cuestión: nuestro sistema sanitario, nuestra economía, nuestras relaciones interpersonales, la sociedad que hemos construido... Y ha salido a la luz, como signo de esperanza, la enorme

solidaridad ciudadana para ir en auxilio de los más necesitados, de aquellos que nunca habían pensado que algún día llamarían a la puerta de instituciones benéficas. Esta tragedia nos obliga a reflexionar sobre actitudes y conductas que es necesario cambiar: Es indispensable situar al ser humano en el centro del desarrollo económico y no como una pieza más al servicio de la economía; es indispensable poner fin a la globalización de la indiferencia; es indispensable salir del ensimismamiento de la “cultura” del bienestar que nos ha anestesiado y nos ha ocultado la presencia vulnerable del otro que reclama lo que le pertenece; se hace necesaria la denuncia de un sistema de crecimiento y consumo sin límites, en el que los intereses del mercado quedan convertidos en regla absoluta, en el que todo queda fagocitado en aras del supuesto bien común que suele ser el bien de unos pocos.

En esta tarea de construcción de una “nueva sociedad” el papel del sistema educativo es esencial, pero no es suficiente. Es la sociedad la que debe asumir la responsabilidad de educar a las jóvenes generaciones, la única que hace posible la creación de un ethos o clima ético que favorezca vivir en paz con el otro y con la naturaleza, desde la justicia y la solidaridad,

“Siempre que hablamos o actuamos lo hacemos desde un mundo de creencias o convicciones, conjunto de ideas, teorías, tradiciones que explican o justifican nuestro modo de comportarnos... No pensamos ni actuamos en el vacío, aunque nos parezca que es así. Siempre hay unas ideas, valoraciones o creencias, yo diría *valores*, que dan soporte y coherencia a nuestro modo de vida” (Ortega y Romero, 2011, 33). Afrontar la “nueva situación” que nos ha traído la pandemia requiere un *rearme ético*, un equipaje que nos prepare no tanto para “saber” cómo abordar la situación, sino la fortaleza y el coraje para dar paso a una nueva “civilización” que nos reconcilie con nosotros mismos, con

los otros y con la naturaleza. Instaurar en nuestra vida un modo distinto de situarnos entre y con los demás y con la naturaleza. Las dificultades que se nos vienen encima no son tanto científicas o técnicas, sino ético-morales. Pensar que podemos superar esta crisis global sin cuestionar los fundamentos mismos de nuestro modo de vida es una quimera.

Desde la antropología y ética levinasianas el hombre solo se entiende *desde* el otro, *con* el otro y *para* el otro, no frente al otro ni junto al otro. “¿No se ha olvidado acaso una tercera dimensión: la dirección hacia el Otro que no es solamente el colaborador y el vecino de nuestra obra cultural de expresión, o el cliente de nuestra producción artística, sino el interlocutor: aquel a quien la expresión expresa, para quien la celebración celebra, aquel que es, a la vez, término de una orientación y significación primera?” (Levinas, 1974, 57). Volver al ser humano que llevamos dentro, como ser radicalmente orientado al Otro; descubrir nuestra condición de ser necesitado del otro, frágil y limitado; identificarnos con el “extranjero, el huérfano y la viuda” es una condición indispensable para poner los pies en la tierra y caminar ligeros de equipaje, desprovistos de otras pertenencias que nos impiden caminar y vivir como *humanos*. Implica un vuelco en nuestra concepción del hombre, de la vida y del mundo; implica iniciar un viaje de vuelta de Atenas a Jerusalén, un camino de retorno a otra fuente de pensamiento que nos ayude a afrontar los retos del presente. “En un mundo que ha heredado, en rebeldía o en aquiescencia, esas épocas de barbarie, y queda de ellas tentado por el nihilismo y todas las formas, sutiles o brutales de la desesperación, se hace necesario reavivar la memoria de otra fuente de sentido distinta de la racionalidad griega” (Chalier, 1995, 23). En la historia de la humanidad no se ha dicho la última palabra; caben otras formas de pensar y orientar la vida distintas de las que hasta ahora se nos habían propuesto desde una antropología y ética individualistas dominantes en la cultura

occidental. Adorno, Horkheimer, Levinas... dan cuenta de otro modo de pensar al hombre en su relación con los otros y con el mundo. No se entiende al ser humano si no es en la historia, en su biografía. La existencia humana se encuentra vinculada a una situación, responde a una situación, está enfrentada a una situación. La situación nos constituye esencialmente. Todo lo que existe se da siempre en una situación (Rombach, 2004). La huida al mundo de las "bellas ideas", al teatro metafísico, como dice el prof. Mélich (I010) nos impide juzgar "lo que está pasando", nos aleja de la realidad de la vida.

Educación implica tomarse en serio la condición *histórica* del ser humano, hacer de la "circunstancia" contenido necesario de la acción educativa. Y entonces es indispensable cambiar de registro en el discurso y en la praxis educativa. Educar después del covid-19 nos exige a todos autocrítica, humildad, generosidad y una dosis no pequeña de esperanza.

BIBLIOGRAFÍA

Adorno, Th. (1998) "La educación después de Auschwitz", en Adorno, Th. *Educación para la emancipación* (Madrid, Morata), pp. 79-92.

Beck, U. (1998) *La sociedad del riesgo* (Barcelona, Paidós).

Chalier, C. (1995) *Levinas. La utopía de lo humano* (Barcelona, Riopiedras).

Levinas, E. (1974) *El humanismo del otro hombre* (Madrid, Siglo XXI)

Lipovetsky, G. (2000) *La era del vacío: ensayos sobre el individualismo contemporáneo* (Barcelona, Anagrama).

Mélich, J. C. (2010) *Ética de la compasión* (Barcelona, Herder).

Ortega, P. y Romero, E. (2009) "La dimensión ética de la crisis medioambiental. Propuestas pedagógicas", *Teoría de la Educación. Revista Interuniversitaria*, 21, 1, pp. 161-178.

Ortega, P. y Romero, E. (2019) *A la intemperie. Conversaciones desde la pedagogía de la alteridad* (Barcelona, Octaedro).

Papa Francisco (2015) *Laudato si. Sobre el cuidado de la casa común* (Roma, Editrice Vaticana).

Rombach, H. (2004) *El hombre humanizado. Antropología estructural* (Barcelona, Herder).

Pedro Ortega Ruiz

Catedrático de universidad